

VARIACIONES SOBRE LA EXISTENCIA A PARTIR DE ALTAZOR

Rogelio Alonso Laguna García*
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

Poesis

Responsable

Jonathan
Caudillo Lozano

RESUMEN: La idea central que guía este artículo es la existencia. A partir del diálogo entre la filosofía y la poesía en “Altazor” de Vicente Huidobro se establece que la existencia es un tema en el que la frontera entre literatura y filosofía termina difuminándose para dar paso a un saber que implica la totalidad de lo humano.

PALABRAS CLAVE: Existencia, filosofía, poesía, Altazor, Vicente Huidobro.

Abstract: The central idea that guide this article is the existence. On the basis of dialog between philosophy and poetry in “Altazor” of Vicente Huidobro are stable that existence is a subject in which the boundary between literature and philosophy ends eroded to make way for a know which involves the totality of the human being.

Key words: Existence, philosophy, poetry, Altazor, Vicente Huidobro.

Recibido: 12-abril-2012
Aprobado: 3-mayo-2012

“Buscar y reconocer quién y qué, en medio del infierno,
no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio”.
Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*

“Los verdaderos poemas son incendios. La poesía se propaga
por todas partes, iluminando sus consumaciones
con estremecimientos de placer o de agonía.”
Vicente Huidobro, *Altazor*, prefacio

* Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México, escritor y periodista cultural. En su actividad filosófica ha publicado los artículos “Ética de arena” y “La ciudad y la no-ciudad”, este último en el libro conmemorativo por los 70 años de la publicación de Filosofía y poesía de María Zambrano. Entre las principales líneas de investigación de Rogelio Laguna se encuentra el tema de la corporalidad a partir de la metafísica y la ontología, la ciudad, Ética y el Siglo XVII novohispano. Es miembro de la Academia Mexicana de Lógica, de la Asociación de Filosofía y Liberación, la Academia de Teoría y Filosofía de la Educación y del Centro Internacional de Estudios Culturales sobre el cuerpo (Corpus). Correo electrónico: ral23@yahoo.com.mx

Tal vez no haya habido descubrimiento más inquietante en la filosofía que el reconocimiento de la propia existencia. Saberse existente, es saberse finito, asumir que al final del camino nos espera la muerte. Esa muerte que cae sobre los guerreros en la *Iliada* en forma de noche, y en la que entran también los propios filósofos, a veces dramáticamente (recordemos a Sócrates y a Bruno).

La revelación de la existencia en filosofía es una invitación a conocer la propia fuerza y vulnerabilidad ante lo infinito, siendo nosotros seres limitados espacio-temporalmente. Es significativo, señalar, sin embargo, que este descubrimiento, si bien es filosófico o, mejor dicho, surge de una preocupación filosófica sobre el propio ser, resulta mejor expresado en la poesía que en la propia filosofía. ¿Quién mejor que la poesía para expresar esa sensación del ser humano cuando se enfrenta a su propia finitud?

Al respecto de la existencia canta Vicente Huidobro en su célebre poema *Altazor*:

Mi paracaídas empezó a caer vertiginosamente. Tal es la fuerza de atracción de la muerte y del sepulcro abierto.

Podéis creerlo, la tumba tiene más poder que los ojos de la amada. La tumba abierta con todos sus imanes. Y esto te lo digo a ti, a ti que cuando sonríes haces pensar en el comienzo del mundo.

Huidobro no es filósofo, pero en su poema nos permite aprehender aquella categoría que se perfilaba como esencial a inicios del siglo XX: la existencia, como eco de la muerte de Dios. Aquel proceso dentro de la historia de la filosofía que nos mostraba al hombre como eminentemente solo y responsable de sí mismo.

En la muerte de Dios el hombre nos parece como resultado de la “evolución” biológica, como materia llamada a la conciencia —y no como un ser creado privilegiadamente—, no hay, entonces, un plan para el hombre. Surge ahí con toda su fuerza la conciencia de que se tiene un inicio y un final, y que no hay manera de evitarlo. Es esa certeza, terrible, de que los ojos del amado y las flores, la propia tarde, como diría María Zambrano, se convertirán irremediabilmente en cenizas.

Pero lo que nos queda ahí, tal vez no sea la desesperación, sino la tristeza, la nostalgia del mundo con el que devenimos y nos vamos. Huidobro canta esta tristeza:

Sé triste tal cual las gacelas ante el infinito y los meteoros, tal cual los desiertos sin mirajes.

Hasta la llegada de una boca hinchada de besos para la vendimia del destierro.

Sé triste, pues ella te espera en un rincón de este año que pasa.



[...]

Sé triste, más triste que la rosa, la bella jaula de nuestras miradas y de las abejas sin experiencia.

La vida es un viaje en paracaídas y no lo que tú quieres creer.

Vamos cayendo, cayendo de nuestro cenit a nuestro nadir y dejamos el aire manchado de sangre para que se envenenen los que vengan mañana a respirarlo.

Adentro de ti mismo, fuera de ti mismo, caerás del cenit al nadir porque ése es tu destino, tu miserable destino. Y mientras de más alto caigas, más alto será el rebote, más larga tu duración en la memoria de la piedra.

Huidobro no ignora, inmerso dentro de las grandes vanguardias artísticas del siglo XX, que el hombre, como decíamos, está solo en esa caída hacia la muerte, El fin de la propia vida nos lleva a preguntarnos qué destino nos ha llamado a semejante violencia. Ante esto, sabemos, no hay respuesta posible, al menos en el ámbito de la filosofía.

En el canto I, Huidobro le pregunta a Altazor: ¿dónde estás?, ¿de dónde sale la angustia que padece el alma mortal? ¿Por qué la conciencia, por qué la finitud? Estas son preguntas en las que se cruzan sin duda la poesía y la filosofía, mostrando que hay temas de los que ninguna vía humana puede escapar. Las respuestas, sin embargo, se ocultan en el misterio de la realidad y no habrá quien las saque a la fuerza.

Altazor ¿por qué perdiste tu primera serenidad?
¿Qué ángel malo se paró en la puerta de tu sonrisa

Con la espada en la mano?

¿Quién sembró la angustia en las llanuras de tus
(ojos como el adorno de un dios?

¿Por qué un día de repente sentiste el terror de
ser?

Y esa voz que te gritó vives y no te ves vivir
¿Quién hizo converger tus pensamientos al cruce
(de todos los vientos del dolor?

Se rompió el diamante de tus sueños en un mar
(de estupor

Estás perdido Altazor

Solo en medio del universo

Solo como una nota que florece en las alturas del
vacío

No hay bien no hay mal ni verdad ni orden ni
(belleza

¿En dónde estás Altazor?

La muerte de Dios, vista desde la poesía, le muestra al ser humano su temporalidad, que su mirada que no puede abarcar la totalidad, ni saber con precisión dónde es arriba y dónde es abajo. ¿Qué hacer con el sitio vacío de Dios? Canta Huidobro:

Abri los ojos en el siglo

En que moría el cristianismo

Retorcido en su cruz agonizante

Ya va a dar el último suspiro

¿Y mañana qué pondremos en el sitio vacío?

Pondremos un alba o un crepúsculo

¿Y hay que poner algo acaso?

Continúa más adelante:

El Cristo quiere morir acompañado de millones

(de almas

Hundirse con sus templos

Y atravesar la muerte con un cortejo inmenso

Nada se salva de la muerte cuando Cristo definitivamente espira en la cruz, crucificado por los hombres. No hay manera entonces de sostener la vida eterna ni la promesa de la vida futura. Para Huidobro, sin embargo, recordándonos a la filosofía de Friedrich Nietzsche, esto aunque es sombrío es motivo de alegría y por ello:

Mil aeroplanos saludan la nueva era
Ellos son los oráculos y las banderas
(Canto I, 105)

Porque en la conciencia de la muerte, en el desasosiego, se asoma una intuición poderosa: que la existencia le aparece al hombre como dos experiencias fundamentales, por una parte, como veíamos como la experiencia más cruda de la muerte, de la desaparición futura irrevocable. Pero también, como ven Nietzsche y Huidobro como motivo de alegría, como reconocimiento al sentido de la Tierra, como invitación a la vida que danza. Esa invitación que un dios ya le hacía a Gilgamesh en el épico poema, en el que le recuerda que a pesar de todos sus esfuerzos no podrá nunca alcanzar la inmortalidad, y que mejor disfrute la vida, ame a su mujer y a sus hijos, y beba y dance.

Huidobro en Altazor atraviesa ambas experiencias en la deconstrucción de la historia, y le pide a Altazor que acepte su propia muerte:

Altazor morirás Se secará tu voz y serás
(invisible
La Tierra seguirá girando sobre su órbita precisa
[...]
¿No ves que vas cayendo ya?
Limpia tu cabeza de prejuicio y moral
Y si queriendo alzar nada has alcanzado
Déjate caer sin parar tu caída sin miedo al fondo
(de la sombra
Sin miedo al enigma de ti mismo
Acaso encuentres una luz sin noche
Perdida en las grietas de los precipicios
Cae
Cae eternamente
Cae al fondo del infinito
Cae al fondo del tiempo
Cae al fondo de ti mismo
Cae lo más bajo que se pueda caer
Cae sin vértigo

Pero en la aceptación de la muerte, del devenir violento que nos envejece y nos enferma, surge una suerte de salvación, salvación que es sin embargo el disfrute de la propia vida. Aquél fin que los epicúreos se habían planteado muchos siglos atrás, cuando le pedían a los hombres darse cuenta que el verdadero placer es la existencia.

Sí, “estamos solos y vamos hacia la muerte solos como un iceberg”, pero, advierte Altazor, podemos “matar la terrible duda y la espantosa lucidez”, surcar nuestro ser mortal, aquel descubrimiento que “dejo nuestros ojos abiertos a la noche”. Entonces nos preocuparemos por vivir y seremos, dice Huidobro, como las estrellas que no se preguntan quién las tejió en el cielo de esa forma.

Advierte Huidobro al finalizar el Prefacio a su poema, que en nosotros mismos está esa posibilidad, casi mágica, de transmutar la finitud en una ventaja, en la piedra angular de una existencia plena y bella:

Hemos saltado del vientre de nuestra madre o del
borde de una estrella y vamos cayendo.
Ah mi paracaídas, la única rosa perfumada de la
atmósfera, la rosa de la muerte, despeñada entre los
astros de la muerte. [...]
Abre la puerta de tu alma y sal a respirar al lado
afuera. Puedes abrir con un suspiro la puerta que
haya cerrado el huracán.
Hombre, he ahí tu paracaídas maravilloso como
el vértigo.
Poeta, he ahí tu paracaídas, maravilloso como el
imán del abismo.
Mago, he ahí tu paracaídas que una palabra tuya
puede convertir en un parasubidas maravilloso como
el relámpago que quisiera cegar al creador.
¿Qué esperas?

BIBLIOGRAFÍA

- Huidobro, Vicente. *Altazor*, disponible en <<http://www.vicentehuidobro.uchile.cl/altazor.htm>>
- Nietzsche, Friedrich, *La gaya ciencia*. Versión castellana de Pedro González Blanco. Barcelona: Olaneta, 1979.
- Paz Octavio, *Piedra de Sol: Poema*. México: Tezontle, 1957.
- Zambrano, María, *Filosofía y Poesía*, 2ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1987.